

Pilar Salamanca

# Soñar con ballenas



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© Pilar Salamanca, 2012  
© de esta edición, MENOSCUARTO [E. Cálamo, S.L.], 2012

ISBN: 978-84-96675-84-1  
Dep. Legal: P-12/2012

Diseño de colección: ECHEVE  
Fotografía de cubierta: JAVIER AYARZA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO  
Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES  
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1ºF  
34005 PALENCIA  
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250  
correo@menoscuarto.es  
www.menoscuarto.es

*Para D. V., cuando vuelva*



## PRIMERA PARTE

### *Il conto è la nave*

*«Decía mi padre que il conto è la nave. Que en un relato cada final es sólo el principio de otra historia. Y cada historia, una singladura circular que nunca termina. Yo creo que si en vez de una nave los cuentos fuesen como la vida, en algún momento terminarían de verdad y si terminasen de verdad, sin dejar un sólo resquicio a nuestra imaginación, no nos gustarían demasiado.»*



Lo peor de algunos cuentos es que resultan ser ciertos, pero se equivocan los que creen que es más fácil contar los hechos tal y como sucedieron que inventar un cuento con personajes que siguen sus propias leyes. La realidad, como el corazón, tiene a menudo razones imposibles y es por eso que allá donde no me alcance la memoria correré el riesgo de violentarla, mas entretanto, daré cuenta de ella sin grandes cambios. A Lila, estoy segura, no le hubiese importado. Quiero decir que nunca me lo habría dicho así, tan claramente. Lo nuestro fue más bien un acuerdo tácito que, al final, se escapó de nuestras manos pero, al principio, irrumpió en nuestras vidas como irrumpen esas cosas, sin el menor aviso, con la brusquedad de una tormenta de verano, y convirtió nuestra historia en algo tan vulnerable como el carricoche de una montaña rusa que, sujeto apenas por los raíles, decide en un momento despegar y por unos instantes, como una

cometa, da vueltas en el aire antes de estrellarse definitivamente en el suelo. Mi relato es de los que empiezan y terminan en el mismo sitio: Portus, un pequeño pueblo de la costa del Cantábrico. Corrían los años de la Guerra Civil, los años de antes y también los años de después, malos inviernos de sol tuerto, prolongados aguaceros y frío intenso con nubes inmensas que recorrían el cielo sin reposo y sólo se detenían cuando el viento, a bandazos, acababa con ellas contra los acantilados del faro. A veces, nos parecía ver a lo lejos, en el fondo del horizonte, las formas ondulantes de los caballos del Apocalipsis y sus cascos dentados nos obligaban a imaginar los escombros del fin del mundo, un lugar a donde nosotras, Lila y yo, que nos habíamos adelantado un poco, llegamos antes de la hora. Llovía el día en que cruzamos el umbral, el día en que nos hicimos mayores. Inclinas cintas de plata hendían las olas de Berria y las levantaban al cielo como banderas de espuma.

Estoy segura de que os hubiera gustado conocerla.

## 2

Resulta extraña la forma como me enamoré de ella pero, ahora que lo pienso, resulta un poco extraño todo... como si mi amor le hubiera pasado a otra y ahora yo, después de tanto tiempo, viniera a contarlo aquí como si la cosa no fuera conmigo. Lo que sí puedo decir es que el amor —o lo que fuera— empezó preci-



samente entonces o no sé si empezaría entonces, pero sí que fue ella la causa y aunque, como hija que era del amo, su amistad no me interesaba, fui cambiando poco a poco. Al principio y sin saber muy bien por qué, me despertaba sudando y temblando de frío. Me levantaba inquieta de la cama y después de arrojarme con la bata, salía al patio alegrándome de sentir la súbita humedad de las baldosas bajo los pies. El aire era limpio y una pizca cálido y todavía no se había metido la luna. Las persianas de mis vecinos estaban bajadas y yo sólo pensaba en ella. ¿Cuáles eran sus sueños o sus pesadillas? Qué distinto sería verla en aquel momento —me decía—, el cuello desmadejado, su cuerpo abierto. Quizá entonces fuésemos capaces de decirnos algo sincero la una a la otra en lugar del mascullado *buenos días*. Así pues, ¿qué demonios podía hacer? A menudo, después del trabajo, me invitaba a pasar la noche en su casa. Recuerdo que tenía el pelo blanco de tan rubio, y cuando el sol se le metía dentro se iluminaba toda, y los ojos azules y brillantes como piedras lapislázuli que hacían muy difícil sostener su mirada.

Ahora bien, no porque ella me creyese su amiga, hubiera podido yo dejar de desearla.

### 3

Y aunque su padre había imaginado para ella un brillante porvenir de dama, Lila Vechio tuvo que ganar-

se la vida con un trabajo que, curiosamente, tenía poco que ver con los oficios femeninos: para sacar adelante a su madre y el patrimonio que les legó su padre se convirtió en patrona de una fábrica de salazones. Por aquel entonces, la Segunda República estaba a punto de expirar a manos de unos miltones que se las apañaron para echar a perder toda esperanza. De todas partes llegaban voluntarios con el fusil al hombro alimentando con carretadas de leña la fogata encendida por los demás. Sobraban las ganas. Sobraba gente, dinero, armas, energías vitales, ideas. Sobraban los hombres. Barcos en el Pacífico y café en el Brasil. A nosotras, no, claro, a nosotras no nos sobraba nada y menos entonces cuando, agazapada al otro lado de la puerta, aguardaba la Guerra Civil.

#### 4

1936. En enero, Lila cumpliría veinte años.

Hija única del matrimonio formado por Vito Vechio, un siciliano establecido en *Portus Victoriae* a comienzos de siglo, y de Flora Zárate, descendiente que fue de un antiguo oficial carlista huido de las Vascongadas.

Algunas noches íbamos por ahí a pegar carteles del Frente Popular y detrás de nosotras venían los de la Falange y los quitaban.

Se jugaba una la vida.

A medida que se acercaba el día de las votaciones iba creciendo la tensión. En Portus —pero también en otros pueblos— los ayuntamientos andaban mucho a pedir el voto y los caciques iban de casa en casa para obligar a la gente. Y la gente los votaba: sólo su silencio evocaba los insultos que habían recibido, las humillaciones que tenían que soportar ya que desconocían el arte del rejoneo, ese adorno de la hipocresía que hace intuirlo todo, escapar de todo.

El 16 de febrero, en una mesa instalada en la escuela y presidida por el señor maestro, se celebraron las votaciones y ganaron las derechas. Ganaron las derechas en toda la región: cinco diputados frente a los dos que alcanzó el Frente Popular. Hasta el día siguiente no nos enteraríamos del resultado global: con 257 escaños frente a los 139 de la derecha, ¡había ganado el Frente Popular! Entonces fui a buscarla a la Casona y nos abrazamos de tan contentas y, para celebrarlo, brindamos con una copita de anís. Luego, la Donna se quedó en la mecedora y Lucía y yo nos reunimos con otras mujeres que se dirigían al Penal a pedir, cantando, que soltasen a los presos. La alegría de todas en el aire. Canciones que vibraban entre los carrizales, cada nota un pellizco en nuestra carne. El golpeteo de las alpargatas sobre la tie-

rra y los cuellos que se alzaban hacia el cielo, desafiantes. Sonidos que subían por las trochas y se colaban en las celdas hasta tocar a los presos. Una alegría que era la escenificación de un drama en un teatro repleto de enemigos. ¡Dios! ¡Ponerse a cantar, convertir en canciones la rabia! Vomitarla a los cuatro vientos.

## 6

Entre todas las cosas me preocupaba más que nada que Lila descubriese cuánto la amaba. O, más bien, no cuánto sino cómo. Salíamos juntas los fines de semana y era yo quien iba a buscarla siempre, aunque eso nunca fue un problema: se suponía que la jefa era ella —o por lo menos, la hija del jefe— y tener que hacerlo yo, su empleada, no me hacía de menos en absoluto. Eso sí, respetaba las distancias y nunca fui sin que ella lo hubiese sugerido. Lila, a cambio, nunca me dejó en la estacada. Vale, reconozco que suelo entusiasmarme enseguida, siempre me pasa, y por eso, cuando quise darme cuenta, ya me había enamorado de ella. Al principio solía pensar que se me notaba en la cara, que cuando íbamos juntas por la calle los tíos me miraban o nos seguían para reírse de nosotras... Fuera como fuese lo cierto es que nos fuimos haciendo inseparables y yo, al principio, me sentía tan feliz que cuando un día me preguntó «¿te vienes?», le contesté «con toda el alma» sólo porque había entendido «¿me quieres?». Después me hice un lío para poder ex-

plicárselo... que estaba pensando en otra cosa dije o algo por el estilo. Ella me miró paciente, casi exangüe, como si pidiera disculpas.

7

Fue siempre una isla.

Portus.

Un brazo de mar estrangulado por la arena. Se diría que aún hoy sigue flotando somnolienta en el caldo de las marismas, de espaldas a la mar, molesta con su destino. Tiene en común con las islas el rasgo de la espera. Desde siempre. A los barcos que volvían a casa después de la costera les esperaba un hato de males tibios y largos periodos de no hacer nada, sin desarrollo ni desembocadura: hombres de diversas cataduras amarrados a puerto a los que, al menor despiste, una varita de mago transformaba en cangrejos o en delfines, en nuestro pueblo, donde llamaban tierra firme a lo que había al otro lado de la ría. Quizá sea por eso que nuestra forma de ser difiere de la costa vecina mucho más de lo que impone la distancia que nos separa. Y como esa clase de aislamientos engendra personajes estrambóticos, Lila, pero también sus padres o yo misma, acabamos formando parte de un extraño círculo alrededor del agua. Ella, empero, aceptaba esta clase de vida con pudor y con orgullo.

Era difícil saber si esto le hacía más feliz.